

Laia Aguilar

Wolfgang

(EXTRAORDINARIO)



CROSS
BOOKS

Wolfgang
(EXTRAORDINARIO)

Laia Aguilar

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Wolfgang (extraordinari)*
© del texto: Laia Aguilar, 2017
© de la traducción: Lluís Delgado, 2018
© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-08-20222-6
Depósito legal: B. 122-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Tengo once años y no soy una *esponja*.

El porífero (llamado vulgarmente esponja marina) es el animal menos inteligente del mundo acuático. No tiene estructura craneal, ni tejidos diferenciados, ni neurona alguna. Por lo tanto, cuando digo que no soy una esponja me refiero al hecho de que no soy como la mayoría de la gente que me rodea, que cuenta con un cociente intelectual más bien bajo.

También me gusta llamarlos *cortos*. O *bajo cien*. O *comunes*. O *normales y corrientes*, como casi todas las personas que habitan en este mundo.

Mi supuesto padre, por lo que tengo entendido, responde a las características más intrínsecas de la esponja. Según me contó mi madre, nos abandonó de un día para otro, al más puro estilo de un bajo cien...

Sin embargo, yo me siento satisfecho de no ser un bajo cien ni por asomo...

Tengo un cociente de ciento cincuenta y dos, lo cual me presupone una inteligencia extraordinaria para comprender el mundo.

Me gustan las matemáticas, la ciencia y la música. Y no entiendo que los niños de mi clase —rectifico, los aburridos niños de mi clase— tengan aficiones tan vulgares como jugar a la Wii, leer cómics o perseguirse por el patio sin motivo aparente. ¿Y las profesoras? Venga ya..., menudo aburrimento. «Niños, abrid la libreta y preparad el dictado. Niños, buscad información en internet sobre el planeta Neptuno.» ¿Nadie se ha preguntado cómo llegar a Neptuno?

Por suerte —rectifico, gracias a la inteligencia de algunos superdotados como yo—, el hombre llegará a Neptuno tarde o temprano y sabrá colonizar otros planetas. Aunque, por supuesto, todo esto ocurrirá si se nos permite desarrollar nuestros conocimientos exponenciales. Porque, por desgracia, en este país, a los niños inteligentes como yo ni se nos tiene en cuenta ni se nos valora, algo que sí ocurre en otros lugares como Estados Unidos o Japón. Pero este país..., venga ya, menuda vergüenza. Nos mezclan con niños esponja sin ningún tipo de motivación que se pasan el día hablando de inutilidades...

Hablando de inutilidades, hoy mi madre ha fallecido por culpa de una hemorragia interna. Y yo..., yo no dejo de preguntarme por qué la arteria carótida ha dejado de irrigar sangre hasta el punto de provocarle una muerte rápida e irreversible.

La abuela Matilde me ha vestido con americana y no dejo de saludar a gente que no conozco. Aparte de mi abuela y la tía Berta, también ha venido Mia, mi profesora de música, acompañada de un par de amigos que no me suenan de nada.

Según me susurra mi abuela al oído, acaba de llegar el tío Quico —el de Tona, al que no he visto desde que era pequeño— con su segunda esposa y un pariente lejano. Y del resto de la gente... no sé nada. ¿Compromiso? ¿Amistad? ¿Farsa? De un concepto como la muerte se habla mucho y se divaga todavía más.

Por mucho que algunas creencias se empeñen en convencernos de que un día iremos al cielo, lo cierto es que nos pudrimos dentro de una caja y acabamos devorados por los gusanos. O, dicho de otro modo: al morir, las células de nuestro cuerpo dejan de recibir oxígeno y se destruyen mientras las bacterias inician el proceso de desintegración. Es interesante tener presente que las neuronas —que son las células de nuestro cerebro— mueren tres o cuatro minutos después que nosotros, mientras que las células que se encuentran en la piel pueden tardar unas veinticuatro horas más.

Así pues, teniendo en cuenta que mi madre ha fallecido hace exactamente... veintidós horas, doce minutos y quince segundos, las células de su piel todavía no están técnicamente muertas. O sea, que una octava parte de mi madre sigue aquí, luchando por existir.

Miro el ataúd un momento y siento un estremecimiento raro.

Mi madre, con quien fui ayer a la playa, con quien escuché *La flauta mágica* de Mozart y con quien comí una ensaimada a media mañana, ahora resulta que está dentro de esta caja. ¡No! ¡No lo puedo soportar! La soprano que tengo delante se esfuerza por cantar un avemaría, pero desafina medio tono. ¿Cómo es posible? ¿Cómo se les ocurre contratar a una cantante que desafina todos los mi bemoles?

Vuelvo a mirar a la soprano y de repente me levanto y le digo:

—¡Basta!

Mi abuela, medio avergonzada, me dice al oído:

—Pero ¿qué haces, niño?

Y yo le respondo que una octava parte de mi madre no se merece nada de esto en absoluto.



Tras el entierro, la abuela Matilde y la tía Berta me llevan a casa y me invitan a comer bizcocho con chocolate. Todos los domingos, mi madre y yo vamos —íbamos— a casa de mi abuela y comíamos bizcocho mientras yo resolvía ecuaciones o tocaba el piano. Pero hoy ha sido un día distinto. A diferencia del resto de los días me siento... decepcionado. Mi madre me ha abandonado y no entiendo exactamente por qué. Además, mi abuela, que se frota los ojos constan-

temente para limpiarse un polvillo que dice que le ha entrado, tampoco me ha hecho el bizcocho de siempre. Hoy es menos dulce, menos tierno, menos todo.

Como no tengo ganas de hablar con nadie, me pongo a tocar el piano. El piano de la abuela Matilde, a diferencia del miércoles pasado, suena menos suave. Pese a todo, me gusta bastante. Y mientras mi abuela y mi tía hablan de cosas que me aburren, me dedico a tocar la *Sinfonía número 40* de Mozart con la sordina, porque mi abuela no quiere que haga ruido.

Mi madre siempre me dice que llevo la música dentro. Por ese motivo me puso Wolfgang (de Wolfgang Amadeus Mozart). Porque asegura —o aseguraba— que cuando yo solo tenía siete meses y estaba en su barriga escuchando *La flauta mágica*, de pronto me giré completamente dando una voltereta para poder oír mejor los agudos. Cuando tenía dos años, según contó un día mi abuela, me llevó a la carpa de la fiesta mayor de Tona y estuve bailando hasta las tres de la madrugada. Mi madre decía que no me tenía en pie y que estaba tan cansado que se me cerraban los ojos... Pero, por lo visto, no podía parar de bailar, como si la música me absorbiera y no fuese capaz de dejar de moverme.

A los tres años, para sorpresa de todos, ya tocaba el piano. Y a los seis, como Mozart, ya fui capaz de componer mis primeras piezas. Y todo ello, en gran parte, gracias a Mia, mi profesora de música, que, además, también es psicóloga y una de las pocas personas en el mundo que realmente me comprende.

Mia me dice a menudo que me suelte más y que no enfoque la música como un problema matemático. Y yo le hago caso. Pero aunque me cae bastante bien, debo reconocer que no toca tan bien como yo ni de lejos. Quizá porque tiene un cociente de ciento diez, la pobre... O quizá porque no ve la música tan claramente como yo.

Mientras me dispongo a interpretar la sinfonía, oigo una conversación de fondo que me deja completamente estupefacto. O atónito, según el sinónimo que se quiera utilizar.

—¿Que tiene que ir a vivir con ese crápula? Pobre niño, es lo que le faltaba para acabar de hundirse en el pozo...



La abuela Matilde y la tía Berta me llevan a la galería de la casa y me muestran un álbum bastante antiguo. En la mayoría de las fotos aparezco yo con mi madre, mi abuela o mi tía en todo tipo de escenarios variados.

A mi abuela siempre le ha gustado decir que nuestra familia es pequeña pero muy firme. Y aunque seamos pocos —antes teníamos un gato y un canario, pero, por desgracia, murieron—, nada ni nadie podrá superar el amor que nos tenemos los unos a los otros.

Miro una de las fotografías en las que salimos mi madre y yo, y veo que le falta el contorno, como suele

pasar en la mayoría de las que hay en la casa de mi abuela.

Desde hace unos años, tiene por costumbre recortar todo lo que no le gusta de las fotos porque, según dice, «los figurantes de las fotografías lo ensucian y lo estropean todo». Antes se pasaba horas recortando los bordes y los fondos de las fotos hasta dejarlas a su gusto, pero ahora ha descubierto un programa de ordenador que te permite hacer exactamente eso y en un tiempo más reducido. Así que mi abuela, que es lista y antes llevaba la contabilidad de una empresa textil, se ha convertido en toda una experta en el funcionamiento de este programa. ¡Y eso que tiene sesenta y nueve años!

Vuelvo a fijarme en la fotografía y veo el rostro de mi madre, que me mira sonriente. Es —era— una mujer de mediana estatura, con un cuerpo casi esquelético, fibroso, ojos castaños, cabellera espléndida... Objetivamente, puede decirse que era muy hermosa, aunque con los años se le formaron unas bolsas enormes bajo los ojos y tenía el rostro amarillento como los pasillos de mi escuela.

La vuelvo a mirar y siento una reacción química provocada por alguna de las neuronas de mi cerebro. Se me retuercen las tripas, mi cabeza es incapaz de procesar...

—Tenemos que hablar contigo, Wolfgang —me dice la abuela Matilde, cogiéndome la mano.

Le tiembla el labio y no entiendo exactamente por qué. Entonces, la tía Berta, que no es tan lista como mi

abuela porque creo que no se ha sacado ni el graduado escolar, se echa a llorar de repente.

—No lo entendemos, hijo —prosigue mi abuela—. Tu madre dejó escrito... que, si le pasaba algo, quería que fueses a vivir con tu padre...

Mis neuronas entran en cortocircuito.

—Pero ¡si yo no tengo padre! —me atrevo a pronunciar.

Mi abuela y tía Berta asienten.

—Nosotros tampoco entendemos nada, niño. Pero debemos respetar la voluntad de tu madre... Nos guste o no.

—No te preocupes, Wolfgang —añade tía Berta—. Pase lo que pase, siempre estaremos a tu lado.

Me imagino una fotografía repleta de figurantes que molestan y pienso que me gustaría dominar el programa de internet tan bien como mi abuela. Recortaría la silueta del supuesto *padre* y añadiría las de mi madre, el gato, el canario, mi abuela, mi tía... y todos los que estábamos antes.



No. Por mucho que pienso en ello, no me lo puedo creer. Mi madre dejó un testamento, con tan solo cuarenta y cinco años, diciendo que si le pasaba algo, quería que yo fuese a vivir con el hombre que supuestamente es mi padre. ¿Había perdido la chaveta? Mi madre usaba a menudo esta expresión, «perder la

chaveta». Le gustaba emplear lo que se conoce como frases hechas. Pero bueno, cambiemos de tema. Íbamos por el testamento. Ahora resulta que tengo un padre y que quiere hacerse cargo de mí.

Y ¿dónde ha estado mi supuesto padre todos estos años? Se ve que se llama Carlos. O sea que, a partir de ahora, en vez de llamarlo «padre» lo llamaré «señor Carlos». Porque un padre —a mi entender— no solo es la persona que te engendra, sino la que te cuida y se responsabiliza de tu educación. Y se supone que te quiere; aunque, según tengo entendido, en el mundo también hay muchos padres que viven con sus hijos pero no los quieren... o los quieren poco.

Según me contó un día mi madre, el señor Carlos y ella se conocieron una noche de verano en las fiestas del pueblo de Tona y acabaron juntos. Puaj, solo imaginarlo me provoca unas arcadas que echaría las albóndigas que me he comido a media mañana. Los besos y los abrazos me parecen repugnantes, poco higiénicos, bacterianos. Así que me parece que lo añadiré a mi lista de cosas INÚTILES; es decir, cosas que hacen los mayores o los niños y que no sirven absolutamente para nada.

De momento llevo esto apuntado:

Lista de cosas inútiles:

- Dormir la siesta.
- Leer novelas.

- Comer a la hora de comer y cenar a la hora de cenar.
- Hacer dictados.
- Darse besos y abrazos.
- Decir «te quiero».

Imaginarme a mi madre y al señor Carlos dándose besos y abrazos es algo que me genera repulsión. Pero bueno, resulta que mi madre y ese hombre pasaron la noche juntos y ella se quedó embarazada. De primeras, fue una noticia inesperada que mi madre no supo si tomarse bien o mal. Pero enseguida reaccionó con alegría y se empezó a ilusionar con la idea de tener un hijo que soy *yo*. Entonces fue a hablar con el señor Carlos y le dijo que me quería tener, pero que no era necesario que él se ocupase de mí. Pues bien, el señor Carlos desapareció de escena, y mi madre y yo nos sentimos más que satisfechos.

Mientras pienso en las albóndigas que ahora mismo vomitaría, avanzamos por la calle y veo que tía Berta y mi abuela me señalan a un señor a lo lejos. «Ahí está», dice la abuela Matilde con un hilo de voz.

Lo miro y no me puedo creer que el hombre de ahí al fondo sea mi supuesto padre. Si intento describirlo sería más o menos así:

Lista de las características del señor Carlos:

- Unos treinta y cinco años, aproximadamente.
- Alto, con coleta, mal afeitado, unos buenos bíceps.

- Ni guapo ni feo (a mí me parece más bien feo).
- Lleva tres pendientes en la oreja derecha.
- Camina con aire distraído, mirando a ambos lados.
- Lleva una camiseta agujereada en la que se lee: «The revolution day».
- Y sobre todo: no parece para nada un padre.

La tía Berta y mi abuela hacen una mueca extraña mientras los tres nos acercamos a él lentamente. Una música dodecafónica se infiltra en las neuronas de mi cerebro y provoca que me ponga a temblar.

—Hola —me dice.

—Adiós, señor Carlos—contesto tendiéndole la mano.

Ya sé qué más puedo añadir a mi lista de cosas inútiles:

Lista de cosas inútiles:

- ...
- Mi padre.

Vamos en coche a la casa del señor Carlos en un silencio sepulcral. La tía Berta —que a mi entender es un poco *justita*— saca el tema del buen tiempo. «Parece que hace buen día, ¿no?» Me pregunto por qué a los humanos *normales y corrientes* les gusta hablar de temas absurdos que no llevan a ninguna parte. ¿No sería mucho más interesante no hablar de nada, por ejemplo? ¿O hacer digresiones? ¿Monólogos interiores?

No entiendo la necesidad de comunicarnos, sobre todo cuando consideramos que la persona que tenemos delante no es interesante en absoluto. ¿Es una cuestión formal? Y en ese caso, ¿quién se ha inventado todas estas cuestiones formales?

A menudo tengo problemas en la escuela porque no acepto que en la sociedad haya unas normas estúpidas que debe de haberse inventado alguien demasiado *normal y corriente*. Me ocurría lo mismo con la señorita Sonia, por ejemplo. Un día, sin ir más lejos, me preguntó por qué no hacía un esfuerzo para relacionarme como es debido con mis compañeros e intentaba escucharlos. En vez de replicarle, me quedé callado. «¿Por qué no me contestas, Wolfgang?», me preguntó. Y yo le respondí que porque no lo veía en absoluto interesante. Mi comportamiento —perfectamente educado, por cierto— provocó que mi madre tuviera que ir a hablar con ella y se viese obligada a defenderme frente a medio claustro escolar. ¡Y eso por mi derecho a permanecer inteligentemente callado!

El señor Carlos me mira por el retrovisor y hace una mueca con la nariz.

—¿Cómo estás, Wolfgang? —me pregunta—. Te veo muy alto.

—Sí, señor Carlos —contesto.

—Y ¿qué tal van los estudios de piano? Me han dicho que eres un auténtico crac.

—Sí, señor Carlos.

—En el colegio sacas muy buenas notas, ¿verdad?

—Sí, señor Carlos.

—Si quieres, me puedes llamar Carlos a secas...

—No, señor Carlos.

Silencio de dos minutos mientras pasamos un semáforo en ámbar y nos cruzamos con seis transeúntes.

Mi abuela y mi tía no saben qué cara poner. Y entonces detecto que mi abuela mira al señor Carlos como si fuera un asesino en serie y que sufre por tener que dejarme solo con él.

Cuando por fin llegamos al piso —si es que ese cubículo raquíptico merece realmente que lo llamen así—, dejo la bolsa junto a una aspiradora vieja y el señor Carlos invita a mi abuela y a mi tía a tomar un té. A mí me propone comer un trozo de pan con chocolate, pero le contesto que el chocolate que me ofrece contiene una dosis importante de azúcar, además de conservantes que dañan la salud.

—Acompáñame y te enseño el piso —me propone, intentando hacerse el simpático.

Y entonces, siguiéndolo como un autómatas, repasamos todas las estancias de la minúscula vivienda, que consiste más o menos en: una sala de dimensiones pequeñas, de unos diez metros cuadrados aproximadamente, con un escaso sofá y un televisor. Una cocina con barra americana, con un frigorífico lleno de latas de cerveza sin alcohol. Un cuarto de baño con tres baldosas reventadas y una bañera oxidada. Una habitación considerablemente grande para el señor Carlos, con dos camisas tiradas en el suelo. Y, por úl-

timo, mi cuarto: un espacio de unos pocos metros cuadrados, con un escritorio, una cama y un balconcito que da a la calle con cuatro geranios marchitos.

Más tarde, sentados los cuatro alrededor de una mesa, observo que el señor Carlos me mira de reojo.

—Tú tranquilo, Wolfgang —me dice la abuela Matilde—. Aunque viva lejos, te vendré a ver a menudo. Y los domingos seguirás viniendo a casa a comer bizcocho de yogur.

Decido no hablar. No puedo.

—Si necesitas algo, solo tienes que llamarnos —añade tía Berta—. A la hora que sea. Estarás bien con tu padre...

—Pero vosotras dijisteis: «Pobre niño, solo le faltaba eso para acabar de hundirse en el pozo...».

Mi abuela y mi tía intercambian una mirada incómoda, y el señor Carlos se muerde las uñas como si fuera un crío.

—No tienes que interpretar todas las frases al pie de la letra, Wolfgang —añade mi abuela, que no sabe adónde mirar.

—Pero vosotras dijisteis...

—Era una forma de hablar, hombre —concluye tía Berta—. Igual que cuando decimos «este chico está muerto de hambre» no significa que haya fallecido.

—Pues para mí sí.

—Wolfgang, por favor. Hemos tenido esta discusión miles de veces.

—Y yo sigo sin entender por qué dijisteis que me acabaría de hundir en el pozo. La primera pregunta es: ¿dónde está el pozo? ¿Por qué me tengo que caer en él? ¿Acaso no sé nadar?

—¡Basta, Wolfgang! Con lo inteligente que eres y a veces hay que explicártelo todo.

Mi abuela y tía Berta se dirigen a la puerta y en el último momento mi abuela me da un abrazo como si me quisiera estrangular. Entonces veo que se rasca el ojo y me dice que le ha entrado un polvillo, que se ve que es muy molesto...

Ahora me quedo solo. ¡Con el señor Carlos!



En cuanto acabo de desdoblar mi ropa y guardarla minuciosamente por texturas y colores, el señor Carlos me propone merendar y por descontado le digo que no. En primer lugar, porque me parece absurdo tener que comer según unas horas estipuladas —es una de tantas cosas que los seres humanos hacen por inercia—, y en segundo, porque ya tengo bastante hambre y lo que realmente me apetece es cenar.

Al abrir el frigorífico, me pongo a tirar todas las porquerías que el señor Carlos almacena desde hace varios años, y escojo un par de huevos para que me haga una tortilla de patatas, como hacía mi madre todos los lunes.

Lista de comidas que me hacía mi madre (siempre a la hora que yo quería, por supuesto):

- Lunes: sopa y tortilla de patatas.
- Martes: pasta con salsa de tomate y pollo.
- Miércoles: Verdura y pescado.
- Jueves: pizza.
- Viernes: arroz a la cubana y pescado otra vez.
- Sábado: puedo repetir cualquiera de los menús de la semana (a la hora que yo convenga, evidentemente).
- Domingo: lentejas y carne.

El señor Carlos me mira como si fuera un extraterrestre, pero me dice que de acuerdo, que ahora mismo se pone a hacer la tortilla, y que él también cenará conmigo, aunque sean las siete de la tarde.

Más tarde, mientras cenamos, mantenemos la siguiente conversación:

—¿Te gusta el piso, Wolfgang?

—No —le contesto.

—Es más pequeño de lo que esperabas, ¿eh?

—Y está sucio.

—Ah...

Mastica un pedazo de tortilla a cámara lenta.

—El de tu madre debía de ser muy bonito, ¿verdad?

—Sí.

—¿El piso de tu madre era amplio?

—No, pero por lo menos estaba mi madre.

Me meto un trozo de pan en la boca.

—Sé que esta situación es difícil para ti, Wolfgang
—añade a continuación.

—...

—No dudes que también lo es para mí.

—...

—La muerte de tu madre ha sido... Quiero decir que la situación es muy nueva para ambos... Y tendremos que esforzarnos para aprender a convivir...

—...

—Pero estoy convencido de que, si los dos ponemos un poco de nuestra parte...

La conversación me aburre. Así que decido provocarlo para pasar un poco a la acción.

—¿A qué te dedicas? —le pregunto.

—¿Cómo?

—¿A qué te dedicas? ¿De qué trabajas?

—Bueno, yo... he hecho un poco de todo. Camarero, pizzero, repartidor de publicidad... En estos momentos trabajo de operario en una empresa que se dedica al mantenimiento de calefacciones.

—¿No fuiste a la universidad?

—No...

—¡¡¡JA!!!

—¿Qué significa ese «Ja», Wolfgang?

—Por eso no tienes ningún libro en casa, ¿verdad?

—Cojo los libros de la biblioteca; cuando puedo.

—No me lo creo. Dime el último que has leído.

—Pues...

—¿Lo ves? Hace siglos que no lees. Y seguro que tampoco estudias. ¿Qué tienes? ¿El graduado escolar?

—Oye, *man*, no creo que me tengas que hablar en ese tono...

—¿*Man*? Acabas de decir un anglicismo. ¿Lo quieres comprobar? ¿Dónde tienes un diccionario?

—Ahora te lo traigo.

—Da igual, ya lo busco en internet.

Y mientras escribo en el móvil añado:

—*Man* significa...

—Se me ha *quitao* el hambre. Voy a ver el partido...

—¡*Quitao* tampoco está bien dicho!

—Voy a la sala a ver el fútbol, Wolfgang. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

Y mientras el señor Carlos enciende el televisor para empezar a ver el fútbol —menudo absurdo, eso del fútbol, con tantos hombres gritando— me voy a mi nueva habitación y empiezo a decorarla a mi gusto.

Lo primero que hago es colocar todos mis libros de música: Bach, Beethoven, Mozart, Vivaldi, Béla Bartók... A continuación, las carpetas con las partituras que escribo. Mis composiciones, en definitiva. Después, los diccionarios variados: español, inglés, francés, italiano y chino (empecé a estudiar mandarín el año pasado). Después coloco una tortuga de peluche que me compró mi madre hace años. Acto seguido, saco mi disfraz de dinosaurio, que coloco sobre la cama. Entonces abro la ventana y miro al cielo, intentando buscar la Osa Mayor.

No sé qué me pasa, pero comienzo a sentir una especie de presión en el pecho.

Contemplo el espacio y echo algo de menos. Salgo de la habitación y grito muy fuerte:

—¡Quiero mi piano!



Voy hacia la sala y le digo al señor Carlos que sin mi piano no puedo tocar. Y tampoco puedo vivir. Porque ese piano me lo regaló mi madre y porque sin mi instrumento... ¡no puedo existir de ningún modo!

El señor Carlos se levanta del sofá y se da cuenta de que me tiembla todo el cuerpo y comienzo a sudar. Así que entra en acción, me toca el brazo para consolarme un poco y yo grito:

—¡No me toques!

La verdad es que no soporto que me toque nadie salvo mi madre, la abuela Matilde y mi tía (y esta última, según las circunstancias y el momento). Así que me aparto y lo miro como si fuera un terrorista.

—Tranquilo, Wolfgang —me dice, y se empieza a poner nervioso—. ¿Qué te parece si ahora te vas a dormir y mañana por la mañana vamos a buscar el piano?

—No. ¡Necesito que sea ahora, ahora, ahora!

—De acuerdo, voy a llamar a tu abuela. ¿Dónde dices que está ese piano?

—Me lo regaló mi madre, pero está en casa de mi abuela.

—De acuerdo, de acuerdo, pero no te pongas nervioso.

—Me pondré nervioso si vuelves a repetir *de acuerdo*. ¿No sabes utilizar otros sinónimos? ¿Entendido, por ejemplo?

—A ver, dime el móvil de tu abuela.

—629371808.

—*Okey*, ahora la llamo. Y tranquilo. Quiero decir que calma. ¿De acuerdo? ¿Entendido?

Debo reconocer que el señor Carlos —aunque es un desconocido que ni me va ni me viene— actúa con contundencia y decisión. Llama a la abuela Matilde y, solidarizándose con mi demanda, pasa a la más pura acción. Mientras mis palpitaciones se reducen, el hombre llama a un amigo suyo que hace mudanzas y le pide que nos traiga el piano enseguida.

Al cabo de un rato, mientras doy vueltas en círculo por la sala, oigo el portero automático y saco la cabeza por la ventana para mirar.

Abajo, el piano que me regaló mi madre luce en primer plano con un fondo de coches y un perro que hace sus necesidades.

—Pero ¿dónde cojones piensas meter el piano? —grita el hombre amigo del señor Carlos, que resulta que se llama Paco—. ¡Si vives en una caja de cerillas, tío!

—Tú cárgalo e intentaremos subirlo —contesta el señor Carlos.

Transcurridos unos minutos, los dos hombres, con la ayuda de unas poleas, consiguen meter el instrumento por la ventana de la habitación del señor Carlos. Una vez dentro, lo empujan hacia la sala, lo intentan colocar en mi habitación pero... ¡desastre! El piso es tan pequeño que el piano ni siquiera cabe por la puerta.

Ya está aquí. Si el piso me parecía minúsculo, oscuro y más bien abarrotado, ahora, con el piano obstaculizando el paso en medio de la sala, se ha convertido en una especie de trastero.

Al fondo, en la cocina, oigo que el señor Carlos se abre una lata de cerveza mientras suelta algún improperio que no entiendo.

Yo, más calmado, vuelvo a situarme en mitad de la sala, apoyo los pies en los pedales, pongo la mano en forma de nube y..., ah..., al menos esta noche podré dormir tranquilo.